

Su felicidad llegó al colmo, porque prendado de una hija del mariscal de Wurtemberg, dióselo en casamiento; y nada satisface tanto á los fuertes como los goces y las delicadezas de un amor correspondido y sereno. Corrian los primeros meses de matrimonio sin que los empañase una nube, trayendo á los jóvenes casados todas las santas delicias del amor legítimo, cuando sabe, atónito y confuso, que su príncipe, su señor, su soberano, aquel á quien debiera tantas y tan varias distinciones, se habia enamorado de su mujer y habia tendido redes á su honra. Su primer impulso fué de rabia, su primer deseo fué de venganza, su primera accion fué un arrebato de cólera en que sacó la espada de su vaina para acabar con el autor de su desgracia. Pero, seguro de la fidelidad incontrastable y de la pureza inmaculada de su esposa, recordando al mismo tiempo los afectos de amistad profesados al duque y los mutuos servicios recibidos y prestados, corrió á presencia del soberano y le reconvinó antes como camarada dispuesto á corregir una falta que como marido dispuesto á vengar un agravio. El duque tuvo la avilantez de proponer á su rival un cambio de mujeres, una cesion mutua de sus respectivas esposas. El joven se indignó con todas las indignaciones propias de su heroico pecho y se fué resuelto á partirse de aquel lugar, donde solo podia recoger el dolor y la deshonra. Opuso el duque toda suerte de obstáculos á la partida de ambos jóvenes; y cuando estaba ya fijada, convidó á Hutten á una cacería. Presentóse este, sin recelos en el alma, sin armadura en el cuerpo, sin precauciones en torno suyo, generoso y franco, abierto el corazon; compadeciendo mas la enfermedad del amigo que el agravio á su nombre; como quien, resuelto á separarse y á partirse de aquel sitio de horrores, no quiere dejar, en el dia último de su estancia, ningun triste recuerdo. Recibióle el duque cual suelen recibir los traidores á sus víctimas; y agasajóle con toda suerte de agasajos, poniéndolo á su lado para departir con él mas fácilmente, llevándolo por la espesura para mas fácilmente entregarse á las expansiones y á las franquezas de la amistad; cuando, alejadísimos ya de toda la comitiva, emboscados en sitio solitario; al llegar á una senda, hace el duque pasar al joven delante de él, se lanza por la espalda sobre su cuerpo como un tigre, lo derriba del caballo, le clava siete veces su cuchillo de caza en el corazon, y despues de haberle rematado, lo cuelga de su cinto á un árbol, como un despojo de

la cacería, y llamando á la corte, declara haberlo muerto en virtud de su autoridad de monarca señorial y en virtud de su jurisdiccion de juez franco. Era, como hemos dicho, el desgraciado caballero Luis Hutten primo del eximio escritor Ulrico Hutten. Este se encontraba en los baños de Ems al recibir la nefasta nueva del asesinato de aquel; y como Roldan, que reventó sonando su cuerno de caza en los desfiladeros de Roncesvalles, toca Ulrico á rebato con todos los estridentes sonidos de su caldeado lenguaje, acalora los ánimos que miraban con completa indiferencia las crueldades y las tiranías de los príncipes, congrega un ejército en el cual pelea como soldado, logra que el pueblo opreso se subleve arrojando al asesino con corona, y además de esto, que la palabra salida de sus labios, que la frase forjada en el fuego de su corazon, que su idea corra todas las regiones germánicas y tome la alta y desmedida estatura del pensamiento nacional.

Imaginaos, pues, la importancia que debia tener el admirable justador, si tomaba parte activa en las incidencias y en las peripecias de la cuestion religiosa. No solamente poseia la elocuencia en prosa, sino que cultivaba con admirable éxito el verso; teniendo sus poemas todos los acentos y todas las cadencias de los himnos guerreros. Maximiliano le habia nombrado su poeta oficial; y este nombramiento habia hecho que se desarrugara un poco el entrecejo de su familia, disgustada de que Hutten fuese un escritor y no un guerrero. Mas novicio en un monasterio allá por sus tiernos años, viajero incansable en la juventud, noble por su nacimiento, plebeyo por su fortuna, soldado por su heroismo, poeta por sus inspiraciones, satírico de primer orden por su amarga ironía, erudito, dialéctico, polemista, confidente de los obispos, destronador de príncipes tiranos, ligero en sus costumbres y profundísimo y grave en sus estudios; todas estas aptitudes y todas estas calidades debian darle una inmensa influencia en el corazon y en el pensamiento de Alemania. El mas leído y el mas admirado de todos sus libros era el que se titulaba: *Epistolæ obscurorum virorum*, libro pensado en los ardores mas intensos del combate, escrito en el latin macarrónico de los frailes, consagrado á ridiculizar principalmente á los dominicanos de Colonia, lleno de dicharachos groseros y soeces parecidos al espeso humo y á la pesada atmósfera de las tabernas germánicas, pero lleno tambien de esas ideas ligerísimas, aladas,



pintorescas, que recogiendo las almas del cieno, donde se revuelcan las gracias burdas y los gritos insolentes, las elevan en raudo vuelo á la contemplacion de altísimos y luminosos ideales. Verdaderamente, la invectiva mas acre, la carcajada mas franca, las burlas mas graciosas, algo de las sátiras de Juvenal con algo tambien de las intemperancias de Aristófanés, el versículo sublime de los profetas hebreos confundiendo con el epigrama soez de los escritores de decadencia, el énfasis de un doctor junto á la embriaguez de un campesino; todo eso se encuentra en la obra capital de este grande satírico en tanto grado que, cuando la leéis de corrido, se os sube á la cabeza como un vino viejo y os infunde por las venas su propia y natural alegría. En verdad tiene muchos defectos, agravados desmedidamente por la cultura y por la delicadeza, propias de nuestros progresivos tiempos. Las indecencias abundan, las calumnias menudean, los ataques á la vida privada se suceden; caen á cada línea palabras que huelen mal, véñese á cada paso cuadros repugnantes; el pudor se enciende á la vista de desvergonzadas desnudeces, el estómago se revuelve al hedor de los excrementos mentados en todas partes; salen á plaza las indigestiones y los vómitos de los frailes, los comunes y las letrinas de los monasterios, pero con todas estas desvergüenzas y con todos estos desacatos al público rubor, no puede dudarse que, siendo natural ese estilo á tiempos en que, discutiendo reyes con doctores, se llamaban mutuamente *cacatus*, la gracia ática de Ulrico Hutten flota sobre todos sus escritos y hace de su persona un ejemplar tan único y tan original que bien merece contarse en la estirpe de Juvenal, de Luciano, y de Aristófanés.

No se contentaba el poeta con estos ligeros escritos; queria atacar tambien á la Iglesia en su espíritu, atacándola en los dogmas fundamentales de sus enseñanzas históricas. El discurso de Lorenzo Valla sobre la falsa donacion de Constantino fué propagado en toda Alemania, despues de haber tenido la donosa ocurrencia de consagrarlo al mismo Papa Leon X. El pensamiento capital de Hutten, por estos días, su propósito clarísimo, su intencion resuelta dirigíanse á formar una liga de libre-pensadores, de literatos, de humanistas, que defendieran la conciencia libre contra las tiranías de Roma. A pesar de esto, debe notarse que, en los tiempos de la aparicion de la Reforma, en los tiempos del combate por las indulgencias; cuando Lutero llamaba

sobre sí la atencion universal por las ideas capitales contenidas en sus tesis, Hutten, lo mismo que Leon X, no prestaba grande atencion á esta querrela, tomándola por una guerra de frailes, guerra naturalmente despreciable para quien tanto aborrecia el monacato y los monjes. Sin embargo, ningun colaborador tan activo tuvo el gran revolucionario; porque ninguno llegó á comprender en toda su extension y á expresar en toda su verdad la parte política de la Reforma; las instituciones parlamentarias que contenia; las leyes progresivas que encerraba en gérmen; la mejora de las instituciones sociales; todo lo que en ella habia de práctico, alcanzado por el escritor militante, así que se irguió soberbio contra el poder de los Papas, el monje revolucionario. Nunca, en ningun tiempo, se han dirigido á Roma tan fuertes ataques como los contenidos en la magna obra, que se llamaba: «Triada romana,» de la cual deben extractarse algunos conceptos para comprender toda la acerbidad de la polémica y seguir todo el curso de los acontecimientos.

«Tres cosas, dice, mantienen la reputacion de Roma: el poder del Papa, las reliquias, y las indulgencias. Tres cosas traen de Roma los que la visitan: mala conciencia, estómago perdido, bolsa vacía. Tres cosas jamás se encuentran en Roma: moral, religion, y fidelidad al juramento. Los romanos se rien de tres cosas: de la virtud de sus ascendientes, de la autoridad de San Pedro, y del Juicio Final. Tres cosas abundan en Roma: los venenos asesinos, las antigüedades ruinosas, los cargos vacantes. Tres cosas faltan por completo: la sencillez, la moderacion y la lealtad. Los romanos venden públicamente tres cosas: Cristo, la Iglesia y la mujer. Tres cosas abominan: el Concilio general, la reforma eclesiástica, la difusion de las luces. Tres cosas pueden curar á Roma: la desaparicion de las supersticiones, la supresion de los oficios eclesiásticos, y la destruccion de la curia. Tres cosas son en Roma muy pagadas: las mujeres bonitas, los caballeros airosos, y las bulas pontificias. Tres cosas son comunes á Roma: la voluptuosidad, el lujo, y el orgullo. Los pobres comen tres cosas: coles, cebollas y ajos. Y los ricos otras tres: el sudor de los pobres, los bienes estafados, y los despojos de la cristiandad. Roma tiene tres suertes de habitantes: Simon el Mago, Judas Iscariote y el pueblo de Górra. Los cardenales arrastran tres colas: la cola de su púrpura, la cola de sus rufianes, ladrones y asesinos, la cola de sus gracias y de sus dispensas,



con la cual todo lo barren. Tres cosas no hartan jamás á los romanos: el palio, el mes pontifical y las annatas. Si se quiere obtener una cosa cualquiera en Roma hay que llevar tres: dineros, recomendaciones y mentiras. Tres cosas pueden suplir al dinero: la hermosura física, la corrupcion espiritual y la paciencia del cuerpo y del alma. Tres cosas pueden mejorar á Roma: la enérgica voluntad de los príncipes, la impaciencia de los pueblos y las victorias de los turcos. Tres cosas se edifican constantemente en Roma y no se acaban nunca: la beatificacion de los santos, la ereccion de las iglesias y la cruzada á Constantinopla. Prohíbese en Roma maldecir de tres cosas: del Papa, de las indulgencias, de la impiedad. Tres clases de gentes reinan en Roma: los rufianes, las cortesanas y los usureros. Tres cosas hay en Roma pomposamente adornadas: los prelados, las mulas y las prostitutas. Tres cosas enorgullecen á Roma aunque no tiene ninguna: la piedad, la fe y la inocencia. Y tres cosas hay allí de que jamás se ufana: el tráfico de oficios, la venalidad de la justicia y la traicion á la amistad. El Papa tiene tres espadas, para esquilan, desangrar y descarnar á sus míseras ovejas. Tal es, concluye, la fuente impura, de donde bajan sobre la nacion el hambre, la podredumbre, la miseria. ¿Y los pueblos no se entienden jamás para cegarla? ¿No vendrán por tierra y por agua con el hierro y el fuego? ¡Oh Roma! La cristiandad tiene puestos los ojos en tí, y lo que tú haces, parece á todos honrado y legítimo. Por esta causa, tu corrupcion todo lo ha corrompido. Tú has amasado, como en una artesa, los despojos del género humano, y se los has distribuido para que los devoren á una nube de parásitos. Desde luego han chupado estos nuestra sangre, despues comido nuestra carne, y por último tragado hasta el tuétano de nuestros huesos; y no están aun satisfechos. ¿Y vacilan los alemanes en tomar las armas? Allí están los ladrones de nuestra patria; y nosotros hacemos los gastos de todos sus vicios. Con el oro, que nos roban, mantienen sus perros, sus caballos y sus cortesanas. Nosotros pagamos la púrpura que los viste y el mármol que los alberga. Y ahora nos amenazan, nos violentan, nos prohíben murmurar de sus intolerables exacciones. Quieren con nuestro dinero que les entreguemos nuestra honra y que les paguemos todavía con sonrisas. ¿Cuándo tendremos ojos para ver nuestra humillacion y manos para vengarla?»

Con solo reflexionar un poco, se comprende y se adivina todo el incendio que debia producir en Alemania esta desatentada invectiva contra Roma. Evocad el temperamento histórico y la complexion moral de la vieja Alemania; reconoced su carácter individualista tan contrario así al antiguo Imperio como al nuevo Pontificado romano; unid á todo esto las tradiciones históricas, la victoria sobre los ejércitos de Varo, el mito poético del gladiador de Rávena, el odio secular á los generales y á los prefectos de la Ciudad Eterna, la irrupcion del siglo quinto en que los germanos ofrecieron como una víctima propiciatoria la antigua Roma á sus tradicionales dioses, la cruzada incesante de los Emperadores alemanes contra los Papas que recuerdan los sangrientos asedios de los bárbaros, la humillacion de Enrique IV en el patio del castillo de Canosa, los combates de Federico Barbaroja con Alejandro III, la excomunion de la casa de Suabia en el momento mismo de conquistar á Jerusalem, el martirio de Coradino, los mil mutuos agravios de la antigua Italia á la antigua Alemania y de la antigua Alemania á la antigua Italia, y tendreis ocasion de comprender cómo debia resonar la «Triada romana» en pueblo, en que el odio á Roma tiene la intensidad de los mayores afectos y la duracion de las mayores tradiciones. Por un caso singularísimo, que muestra el carácter particular de aquellos tiempos, la «Triada romana» se imprimió nada menos que en la Maguncia dirigida por el arzobispo Alberto, promotor principal de las Indulgencias. Fué necesario que Leon X llamara la atencion del prelado sobre tan extraño desacato, para que Ulrico Hutten abandonase la ciudad y corriese toda la Alemania, sonando su trompa de guerra mezclada con sus cascabeles de juglar, vertiendo sus ideas sublimes confundidas con sus dicharachos soeces, juntando sus armas con su pluma, hasta encender, agitar, sublevar á toda la Alemania. Pero un destino adverso persigue siempre á estos hombres superiores y los hace víctimas de su propia grandeza. El cielo no quiere que ninguno de ellos descansa, que ninguno de ellos goce, que ninguno de ellos se encuentre ni la felicidad doméstica ni la felicidad social, en cuyos brazos se dormirian, convirtiéndose quizás en seres vulgares por el mero hecho de aparecer como seres felices. Dios ha puesto un volcan ardiente en sus cerebros, un dolor continuo en sus corazones, una inquietud sin igual en sus nervios, un desencanto en sus afectos, un desengaño en sus amores, la